

GENIO Y FIGURA

AL meditar sobre las acciones realizadas por los César, los Anibal, los Turena..., lo más interesante no es el resultado conseguido, sino el modo de lograrlo y de alcanzar el hecho histórico, y es cosa bien sabida que este hecho histórico se obtiene en función de una cadena de hechos menos importantes. Pero, a veces, no es fácil calcular la influencia ejercida por cada uno de estos hechos sucesivos sobre el culminante que hizo célebre al jefe que dirigió la acción o mandó hacer los movimientos necesarios para ganarla. Con frecuencia el propio general ignora en qué momento ha conseguido la victoria. Más aún, en ciertos casos se entera de ella por el rumor de unos aplausos que llegan de muy lejos.

Y en estas condiciones mandar o dirigir es sólo parte de un dilema. El hombre dirige o manda en función de su propio instinto, o del instinto de los que tienen el deber de cooperar a la realización de sus diversos actos. Dirige o manda muchas veces en consecuencia de una instintiva o bien meditada coordinación de su reflejo o de la opinión ajena.

* * *

Nada se construye en este mundo sin disponer de base, y la relación de coexistencia entre la base y la labor futura ha de ser justa y equitativa. Otra cosa carecería de lógica, sería contraria a nuestras leyes. En efecto, el hombre que en su casa piensa un poco en la manera de «matar» un tiempo inocuado, prepara por instinto un plan que *puede* realizar. Si está en un pueblo de Castilla, y es verano, y hora de siesta, y no dispone de otro medio para desplazarse que un automóvil de poca fuerza, proyecta acaso un paseo hasta la presa o a la ciudad más próxima; pero no piensa —ni aun remotamente— en realizar un viaje a Rusia o al Japón. Ni las achatadas cúpulas del maravilloso Kremlin ni el puente sacra-

tísimo de Nikko aparecen en su mente. A lo sumo, el fresquecillo de los árboles que se hallan junto al agua o la tertulia cotidiana con los amigos del casino son las fases de su dilema, y éstas surgen por sí solas, sin razones, sin buscarlas, sin el menor esfuerzo.

De igual manera el general que ha de tomar la «decisión» correspondiente al modo de abordar a su enemigo parte de una base bastante parecida a la que real y verdaderamente se presenta en pleno campo de batalla. La «situación» que *se imagina* es muy posible. Los factores que han llegado a determinarla —fuerzas en presencia, medios materiales disponibles, entusiasmo de las tropas, topografía del terreno y clima de la zona en que se opera— son en parte verdaderos y en parte no dispares. La imagen, pues, es la debida. Se aproxima a la realidad, sin que para constituirla el general haya tenido que perder muchos minutos. Es más, el parecer de los que ayudan, la propia inteligencia, la documentación, la costumbre de la guerra y el instinto han cooperado suavemente a aderezar ese conjunto, cuyos matices son función de apreciaciones personales o reflejo de impresiones producidas por la lucha y el ambiente.

Y ahora, una vez que la imagen de partida ha adquirido forma y sentido claro, empieza a producirse la labor mental del jefe, que, dispuesto a conseguir otra figura diferente, vuelve a pensar en la importancia y naturaleza de las fuerzas que van a intervenir en la transformación que le interesa, en los posibles puntos de aplicación de aquellas fuerzas y en la dirección e intensidad de cada acción aislada. Medita un rato seriamente. Al cabo de algún tiempo le parece haber logrado lo que desea mediante una presión potente contra el flanco vulnerable del contrario. Luego entrevé otra solución más positiva. Mas pronto se convence de que ninguna sirve. Sin duda el caleidoscopio se ha movido más de lo preciso o en sentido inverso al conveniente. Es necesario prescindir de su dibujo, girarlo a nuevo ritmo, agitarlo o acaso intervenir directamente. Hay que resolver por ecuaciones y dejarse de confiar en la intuición... Y en su discurso el pensador se aleja de sí mismo. Sin darse cuenta de ello, suelta el lápiz sobre la mesa, apoya su cabeza entre las manos y tiende un paño negro sobre su mente (como en tiempos los fotógrafos dispuestos a enfocar debidamente a la figura colocada ante su máquina).

Pasa cerca de una hora... y nada. Pero no es posible continuar de esa manera. Hay que elegir: hundir el frente por sorpresa,

sembrar la alarma hacia la izquierda o esperar que el adversario se decida a actuar para en seguida contraatacarlo violentamente. Y cuando la Divina Providencia acude y simplifica el laberinto, el hombre se imagina que él ha adivinado; abre los ojos, mueve una mano y escribe lo que dicta su entendimiento: la «decisión» que va a servir para las órdenes que deben conducir al movimiento y al ataque.

* * *

La duración de este período es muy variable. Desde el jefe que improvisa y dispone de un Estado Mayor que sabe interpretar su pensamiento muy deprisa hasta aquel otro que medita cada frase, consulta varias veces, se orienta con frecuencia, se retracta, duda y termina con su primitiva idea, va un abismo tan profundo como el que separa a tantos otros personajes que trabajan sobre asuntos de otro estilo o forman parte de profesiones o de gremios que en nada se parecen a los castrenses. Y de entre los muchísimos factores que dan lugar a una incubación sencilla o trabajosa de la «decisión» (ya varias veces mencionada), es evidente que el temperamento y el carácter son los que más presionan. Es más, ambos influyen tan potentemente que por sí solos son la base del resultado futuro.

Después todo varía. Ya he dicho —o he dado claramente a comprender— que la «decisión» está destinada a servir de base al documento escrito. Pero en la segunda fase —o gestación de la orden— el temperamento del jefe ya no se manifiesta tan profundamente; al menos no es la forma escrita de la referida orden lo que más puede ilustrarnos sobre las cualidades o defectos de su verdadero inspirador. Es sabido que esa forma corresponde íntegramente al jefe de Estado Mayor, y aunque el general sereno e inteligente habrá sabido rodearse como es debido no sólo para asegurar una conveniente redacción de las circulares que han de emanar de su oficina, sino para zafarse de una labor que no le corresponde y dedicar el tiempo que ella absorbería en seguir pensando, continuar elaborando, volver a aislarse y reemprender la lucha en pro de nuevas decisiones que impriman al conjunto la actividad que es necesaria para mantener en auge la impulsión indispensable, es evidente que *algo* trascenderá de su carácter en las órdenes diversas que tengan por objeto mover las tropas y llegar

a la victoria. Pero ese *algo*, a veces, tendrá un valor efímero. Al jefe —según lo ya expresado— no incumbe redactar las referidas órdenes, y, sin embargo, su jefe de Estado Mayor las va a firmar por su mandato. Va a quedarle, pues, a aquel primero la completa responsabilidad de cuanto surja de tales documentos: ejes de marcha, manera de seguirlos y fuerzas que han de intervenir en cada fase o acto bélico. Va a sufrir al mismo tiempo la consecuencia de las ideas que no están expresadas claramente, y sobre él caerán las culpas originadas por toda falsa interpretación debida a incompreensión de los conceptos fundamentales o a dificultades producidas por un estilo no conciso o redundante.

Y parece inútil añadir que todo lo expresado es compatible con la vieja usanza de los caudillos que explicaban sus proyectos en discursos más o menos historiados, y de los generales que enviaban sendas misivas a los jefes que dirigían sus flancos, sus grandes núcleos, sus reservas o el propio centro de su línea de batalla. Unos y otros —como ahora los que hacen uso de la imprenta y de la radio— otorgaban a la acción su propia fuerza, la impulsaban con su espíritu, la amoldaban a su modo de pensar o de sentir, la entre-cortaban o variaban su orientación y le proporcionaban un carácter semejante al suyo: rápido, violento, reposado o simplemente ecuánime.

Y eso es todo. Pero a fin de ver más claro quiero exponer de cada estilo un breve apunto.

* * *

El hombre sereno y reflexivo tiene el defecto de ser un poco lento para fijar su decisión. Mas si aparte de aquellas cualidades tiene la inteligencia necesaria para saber hallar la solución debida y no olvidarse de que conviene hallarla pronto, es evidente que su temperamento constituirá una ventaja inmejorable para la actuación de que se trata. La tranquilidad del carácter, que ha empezado a trabajar en el período incubatorio de la «idea», seguirá proporcionándole un resultado excelente en los tiempos sucesivos de su labor preparatoria. Es más, el general sereno y reflexivo reúne las condiciones precisas para darse cuenta de si puede o si no puede confiar a fondo en su inmediato jefe de Estado Mayor. Sabrá si debe intervenir en la orden de operaciones, cuya

redacción va a estar a cargo de aquel último. Su experiencia le hará dictar las normas indispensables para que esa orden aparezca en forma debida con la mínima intervención posible de parte suya. Conocerá lo suficientemente bien a sus diversos auxiliares para indicar a cada uno la parte de trabajo que debe realizar o para dejar al máximo auxiliar la responsabilidad total de la «instrucción», la «circular» o la «orden» muy concreta que va a dirigir a los comandantes de las grandes unidades que le están subordinadas.

El jefe que es tranquilo ve más claro que el que tiene un temperamento apasionado. Tanto en lo relacionado con su decisión intrínseca como en lo tocante a la manera de aplicarla o de tolerar su puesta en marcha, es evidente que disfruta de mayores posibilidades de éxito, pues aunque tarda un poco más que el impulsivo en encontrar la solución y realizarla, es evidente que soslaya el gran peligro de tener que arrepentirse y variar lo predispuesto, o acaso lo ordenado o incluso ejecutado. Las garantías de acierto en los caracteres firmes y tranquilos son innegables. Ellos atinan igualmente cuando no saben cuál es la solución mejor. Su duda se traduce siempre en mayor firmeza. Por ser grandes figuras —y a éstas solamente me refiero—, saben decidir para los otros sin haberlo conseguido para sí, y en estas condiciones su firmeza se duplica, porque sólo de ese modo pueden llegar a la victoria, y esto lo saben a causa de su genio y lo recuerdan al hallarse en el momento de peligro, y así consiguen la gran perseverancia necesaria para vencer a un contrincante que se halla —probablemente— en un caso parecido. No ha de olvidarse que ningún jefe estuvo nunca muy seguro de su éxito final hasta el momento en que las propias fuerzas consiguieron inclinar hacia su parte la balanza.

Un ejemplo interesante de serenidad es el ofrecido por el glorioso jefe que mandó la escuadra destinada al sacrificio en pleno mar de las Antillas (1898). El almirante don Pascual Cervera se daba cuenta clara de que no había la más mínima esperanza de salvar su fuerza. Sabía perfectamente que si el «Vizcaya», el «María Teresa», el «Oquendo» y el «Colón» seguían anclados en la bahía caerían indefectiblemente en manos de las fuerzas desembarcadas en Daiquiri, que ya alcanzaban los alrededores de Santiago y de su presa de agua y las comunicaciones principales de la ciudad. Sabía también que la salida era difícil y que estaba vigilada por una numerosa escuadra, bien provista de acorazados más potentes y veloces que los suyos. Y en estas condiciones sostuvo

con la Habana y con Madrid una correspondencia, telegráfica, cuya lectura es suficiente para inducir al más templado a zafarse de un caso parecido. En ella cada línea y cada párrafo demuestran que Cervera comprendía que una severa crítica pesaría sobre él y sus marinos si los barcos no forzaban el bloqueo, y que si las naves se perdían aquella crítica se transformaría en durísima censura. Y ante la duda acabó haciendo lo que nunca debe hacerse, y, sin embargo, estuvo heroico. En la mayoría de los casos la «decisión» envuelve una plena aceptación de responsabilidad; pero en el suyo no se trataba, como en otros semejantes, de una responsabilidad táctica o estratégica, o simplemente bélica, sino de una auténtica responsabilidad jurídica; al menos, una y otras estaban refundidas en un dilema simple, más vital que militar y más humano que político; se trataba de sacrificar a la marinería en pro de la honra nacional o de salvarla con desprestigio para el jefe de la escuadra. Lo *práctico* y lo *digno* pesaban igualmente. Y si bien en tales circunstancias el impulsivo, el ambicioso y el violento se inclinan siempre hacia lo digno, al tiempo que el prudente, el indolente y el pusilánime tienden a lo práctico, es evidente que el equilibrio conseguido en esta forma es inestable, porque lo práctico y lo digno repercuten hacia arriba, hacia la Patria, que es, en definitiva, la que luego ha de llorar o alegrarse y de agradecer el sacrificio o reprochar el gesto inútil. Y sobre si conviene que lo gnóstico se admita en la decisión de cada jefe que se encuentra en la difícil situación del héroe de Santiago, sólo es posible concretar cuando la honra y la deshonra se oponen claramente. No debe olvidarse que la más grande heroicidad consiste no en entregar la vida, sino en el sacrificio del honor, cuando este sacrificio redunde en pro de un ideal ajeno al individuo; ni ha de borrarse de la memoria que una oportuna ofrenda puede ser recompensada. En diciembre de 1783 Jorge Washington se despidió voluntariamente de una fuerza que lo admiraba; marchó a Annápolis —donde el Congreso estaba reunido—, entregó sus poderes de general en jefe y se retiró a una modesta residencia —sita en Mount Vernon—, dispuesto a separarse de milicia y de política, y, sin embargo, fué elegido Presidente de los Estados Unidos y dió su nombre a la futura capital de la República.

* * *

Mas tantísima reserva y ecuanimidad es poco frecuente. No hay muchos hombres completamente exentos de un ligero tanto de exaltación patriótica o de influencia religiosa, y si bien es cierto que una y otra circunstancias son a propósito cuando se orientan en buen sentido, tampoco es evidente que pueden ser la causa de no arriesgar a tiempo una batalla necesaria, por insegura o peliaguda, y de originar —en consecuencia— una influencia peyorativa.

El patriotismo es indispensable al jefe que necesita un acicate para verter su máxima energía —mental o física— en la misión encomendada; pero la inyección o secreción de patriotismo se ha de aplicar serenamente, sin la menor ostentación, y a este propósito conviene recordar no sólo que el alarde es inconveniente, porque puede originar patriotería, siempre malsana y peligrosa, sino que a veces el *deber* intrínseco y ajeno a todo patriotismo es suficiente para que el esfuerzo se verifique y la inteligencia trabaje sin descanso durante el periodo en que la idea germina, e incluso en ocasión de esotro en que los hechos se producen. La Historia, en efecto, está repleta de grandes hombres que dieron pruebas de extraordinaria maestría, sin que su labor se realizara en beneficio de la tierra en que habían nacido o a la cual se hallaban más o menos vinculados. Hubo, además, un tiempo en que semejante modo era una moda y en que nadie criticaba a los muchos mercenarios que se entregaban —con alma y vida— a otro país o a un jefe extraño o al extranjero; el que más se limitaba a lamentarlo, sobre todo cuando el caso originaba algún perjuicio a la propia patria o a su persona. Así vemos al duque de Crillon frente a Mahón y a Gibraltar. Y así vemos, en la batalla de las Dunas (1659), al príncipe de Condé subordinado a don Juan de Austria, y frente a él, en tal sazón, a los marqueses de Grequi y de Castelnau, a los condes de Soissons y de Ligniville, a los señores de Gassion y de l'Epense, todos a las órdenes del célebre vizconde de Turena, que habían combatido contra ellos mismos cuando el príncipe se hallaba a la cabeza de la Fronda. Pero en semejantes casos el deber es consecuencia de la idea o del principio, y lo que ayuda a conseguir la gloria es simplemente la ambición de quedar bien con los que piensan de un modo semejante o parecido.

En cuanto a lo que está relacionado con el aspecto religioso de esa idea o de aquel deber otra vez ocurre que una inteligencia ecuaníme conduce a consecuencias positivas y que un carácter exaltado o influible está siempre expuesto a desvirtuar conceptos

importantes y a producir un resultado negativo. Y por supuesto, una cosa es religión —ser religioso— y otra distinta es la modestia subordinaba a un fundamento místico —ser modesto o ser sumiso o inseguro, o hasta pusilánime, al llegar la decisión—. Ni esto es igual a aquéllos ni tales circunstancias suelen anteponerse en el carácter del semigenio. Al contrario, los caudillos religiosos han sido siempre valientes y decididos. Convencidos de la ayuda espiritual que han recibido, están seguros de sí mismos; jamás se cierra sobre su mente el yugo de la responsabilidad o de la futura culpa.

La religión ayuda, sobre todo cuando el fin de la contienda es religioso, y en prueba de eso parece innecesario hacer memoria de las guerras de Mahoma o de la batalla de Lepanto ni mencionar las expediciones colectivas de las Cruzadas medievales o de los grandes conquistadores del siglo XVI.

La religión, en fin, induce al cumplimiento del deber, al camino recto y a defender los intereses de la Patria. Induce incluso a corregir muchos defectos y a limar las asperezas producidas por cierta falta de energía o de potencia.

En resumen, el círculo se cierra, y esto demuestra que el patriota, el religioso y el que se siente presionado por el deber producen rendimientos parecidos y se hallan todos en condiciones de alcanzar el caudillaje.

En lo moderno la historia del general Martínez de Campos nos ofrece, si no un ejemplo, un caso que merece meditación. Su admirable comportamiento en 1876-78, el éxito logrado a consecuencia del famoso pacto de Zanjón y la labor llevada a cabo anteriormente, basada en prestaciones personales, en acudir a todas partes, en exponerse al «vómito» y a la «fiebre amarilla», fueron los factores que indujeron a nombrarlo jefe de las fuerzas expedicionarias y de la guarnición de Cuba cuando en 1895 la insurrección recomenzó y se extendió rápidamente por toda la isla, y, sin embargo, apenas designado hizo saber al presidente del Consejo, don Antonio Cánovas del Castillo, que sus creencias le impedían llevar a cabo «fusilamientos y otros actos semejantes» (1). Y yo ignoro si esta frase fué debida solamente a sus principios religiosos o si el móvil de la misiva fué otra fase del deber: deber del hombre

(1) Carta confidencial fechada en Manzanillo (isla de Cuba) el 25 de julio de 1895.

hacia los suyos, que fué el que predicó Nuestro Señor buscando ayuda para los que padecían penuria y muchísima desdicha, y no importa que lo ignore, puesto que, al fin y al cabo, el jefe y el soldado que cumplen todo cuanto les ordena su conciencia se afilian —insensiblemente— a una secta que también es religiosa y que se llama «del honor».

Pero el honor deserta con frecuencia. A veces son defectos —y no pequeños— los que mandan sobre la «decisión» y el desarrollo de los hechos. En ciertos casos la *ambición* entra en la lid, o interviene cierto *oportunismo*, o acucia un fondo algo *pedante*, o influye un buen tanto por ciento de *prosopopeya enfática*, y aunque en cada caso el proceso psicológico es invariable, no ocurre lo mismo con las direcciones sucesivas que la mente elige cuando un obstáculo importante se atraviesa en su camino y la obliga a una virada más o menos brusca y a tratar de matizar ligeramente su ambición, o disimular su pedantería, o cambiar su temperamento explícito.

En efecto, mientras que el ambicioso busca el éxito, el oportunista acude a la palestra para alcanzarlo, el pedante se las da de haberlo conseguido fácilmente y el enfático presume de una cierta indiferencia, que le hace despreciar antes de tiempo lo que quiere y no merece. Todos ellos, guiados por su defecto, producen decisiones atrevidas, peligrosas, estafalarias o anodinas; se salen, claro está, de lo dispuesto en los cánones castrenses; soslayan el verdadero fin de la labor encomendada, sacrifican los principios, juegan a pleno y envidian a la vida y a la suerte de los hombres e incluso al porvenir de su nación. Y por eso el oportunista, el ambicioso, el pedante y el enfático no son los caracteres más apropiados para entregarles el Poder, y, sin embargo, hay pocos generales —o figuras de la Historia— que no hayan sido algo ambiciosos o hayan pecado de presumidos o abusado de cierta inmodestia enmascarada por el silencio.

De entre todos los defectos la ambición ofrece más peligro, en cuanto se refiere al resultado; pero entre tanto, y hasta que ese resultado se hace patente, el ambicioso es más capaz de lograr lo que desea. En principio el ambicioso tiende a conseguir un éxito rotundo, busca un resultado lucido; mas cuando elabora el plan para obtenerlo descarta los objetivos que indujeron a elegirlo. El ambicioso tiene, pues —según lo dicho y ordenada su tarea de este modo—, mayores esperanzas de conseguir el éxito que anhela;

pero ofrece, en cambio, mejores garantías de realizar una labor de conjunto, de intensa utilidad.

Ante la masa la ambición está encauzada hacia el interés supremo de la Patria. No obstante, cada vez que la ambición se desorbita surge, a la postre, el egoísmo de la persona, que soñó en estar al frente de un imperio.

La ambición del hombre se exterioriza siempre en la búsqueda de un éxito impreciso, innecesario. Y del grado de esa ambición depende luego la importancia de la fase victoriosa, que si no surge ha de amañarse como sea.

El deseo de lograr un éxito personal interviene más de lo preciso en la idiosincrasia de los grandes jefes, y digo «más de lo preciso» porque el éxito mayor es el que llega sin buscarlo, y en lo bélico deja de serlo —a veces— el que se busca.

Ha de tenerse en cuenta que el que trabaja en busca de éxito pierde una parte de su tiempo en olvidar lo conseguido y en imaginarse las ventajas y laureles que han de llegarle. ¿Quién de chico —y hablo entre soldados— no ha soñado de vez en cuando en llevar sobre su pecho una brillante «cruz de San Fernando»? Y aun añadido que los cuentos que se sueñan en pleno día son bastante largos para robar el tiempo necesario a la labor que sin querer hubiera producido el éxito, y así anulan toda esperanza de lograrlo.

El éxito no ha de ser «cantado», en cuanto a la persona se refiere; ha de ser casual —dentro, por supuesto, de un trabajo intenso y concienzudo y destinado a conseguir un resultado práctico—, pero el hecho de que el éxito en cuestión derive del esfuerzo no debe traer en pos de sí una reducción de posibilidades de que ese éxito se llegue a producir.

La empresa y el individuo están ligados indisolublemente. Y en estas condiciones todo es poco para alcanzar el término global, y cualquier sistema es bueno si conduce al resultado apetecido.

El 29 de octubre de 1630 se enfrentaron en Liguria dos ejércitos. Cerca de Casale el marqués de Santa Croce, lugarteniente de Spínola, desplegó en contravalación, con 25.000 hombres a pie, 8.000 jinetes y 26 cañones. A su alrededor el mariscal de Shouberg disponía de unos 18.000 soldados de infantería y 3.500 de caballería. Mas cuando el fuego empezó a tronar apareció un abate, con bonete y con sotana, entre ambas líneas, anunciándose a sí mismo como mensajero de Santa Croce y asegurando que las tropas es-

pañolas cederían Casale si los franceses se retiraban. Y el fuego terminó, y se entablaron rápidas negociaciones, y los dos bandos aceptaron la propuesta, y se fraguó de esta manera la gran celebridad de un personaje que tuvo entre sus manos los designios de la política europea.

Sin duda, la ambición facilitó la acción de Mazarino. El futuro cardenal de Francia y consejero de la Corona consiguió hacerse visible aun a riesgo de un balazo inesperado. Tuvo la osadía de enfrentarse a los opuestos enemigos, que no le conocían, y su gesto melodramático —e italianísimo— le sirvió para obtener el resultado apetecido, grandioso ante los suyos y no suyos; éxito global y sobre todo personal.

¿Pedantería? No creo que tanto; mas sí una mezcla extraña de inteligencia y de valor que rayaba en lo ridículo o estuvo a punto de tomar este aspecto. Y es que la pedantería sólo puede esbozarse en las postrimerías de la batalla o de las grandes operaciones.

Aparece con frecuencia en la narración del hecho, y el «parte» suele ser su pedestal.

El «parte» es, en efecto, un documento que refleja el carácter del general o jefe que lo dicta. En él se manifiesta el deseo de exponer escuetamente la verdad o de orientar en cierto sentido la opinión del superior o de la gente que ha de oírlo o de leerlo.

De muy lacónicos saltan, a veces, los grandes «partes de operaciones» a enrevesados y a ampulosos, y es de notar que estos segundos no tienen más objeto que el de encubrir una nefasta realidad o justificar al que ha sufrido una derrota, y en este caso —y a semejante fin— los conceptos vagos son de interés: disimulan la verdadera forma de los hechos, desvirtúan las consecuencias y dejan las manos libres y en disposición de orientar las futuras operaciones en la dirección más conveniente para soslayar la situación y mantener —siquiera de momento— el prestigio del firmante.

Los partes falsos, o al menos no verídicos, han abundado en todo tiempo. Ni Julio César pasando el Rubicón logró éxito exultante ni el propio Bonaparte alcanzó en Eylau y en Friedland unas victorias tan aplastantes como él mismo decretó.

* * *

A veces, el éxito y la suerte se confunden; mejor dicho, los confunde —a propósito o sin darse cuenta de ello— el propio jefe al cual atañen: el que los baraja y los sortea. El éxito, en efecto, puede ser función de suerte o de admirables decisiones. En cambio, la suerte sólo nace cuando es un tanto merecida, o sea cuando el usufructuario ha hecho lo más posible para conseguir el éxito que aquella suerte trajo o a que pudo cooperar. Y es que la suerte bélica no es la simple consecuencia de un sorteo; se logra averiguando cuál es el número mejor para jugarlo y evitar que nadie se adelante.

No ha de olvidarse que ambos bandos quieren la victoria, y si ambos se la merecen, uno podrá quejarse de que la suerte le ha sido adversa, y, sin embargo, el otro no dirá que dicha suerte le ha sido favorable. Mas esto no es corriente. No siempre se hace todo a maravilla. Es más lógico admitir que el director de la contienda, a pesar de haber tratado de madurar su decisión, está indeciso; pero en este caso, como el tiempo está a la espera y casi siempre acucia más de lo preciso, le sucede al director citado que, a pesar de su interior vacilación, no tiene más remedio que armarse de valor y demostrar que está seguro de sí mismo y empeñarse a fondo en el combate o en la proyectada operación, como si no hubiese otra solución mejor. Entonces, iniciada ya la marcha, le será imposible modificar su rumbo; podrá a lo sumo introducir ligeros cambios, o reforzar un poco tal sector o tales fuerzas, o cooperar sobre este punto o sobre aquel con fuego aéreo para luego lanzar los carros por la brecha y perseguir a su enemigo victoriosamente. Por supuesto, hará todo lo posible para salvar la situación —su idea—, y a ese efecto evitará las grandes variaciones: dará ligeros golpes de palanca o pequeños timonazos destinados a encauzar la nave hacia su meta o hacia el norte que señalaba el primitivo plan de operaciones. De este modo capeará la situación o aguardará que pase la tormenta para luego izar todo el velamen, y entonces ganar tiempo y asegurar el éxito.

Mas si los hechos no obedecen y la batalla manda a quien pretende conducirla, éste estará atento y aguardará paciente a que una o varias circunstancias favorables se presenten y le permitan compensar las faltas y los reveses mediante palancazos o empujones orientados hacia otro puerto más seguro o que ofrezca al menos buen socaire. Sólo así podrá evitar que la prevista suma se convierta en diferencia.

Luego recordará la pelea como un sueño inconfortable. Meditará sobre éste —o sobre aquélla—, sin poner en claro de qué modo se han producido las variaciones imprevistas, y —vencedor en caso de éxito— no estará seguro de cómo ha conseguido la victoria, o al menos de cómo ha perdido su batalla. Pero es poco probable que llegue a confesar —o a confesarse— en qué momento y circunstancia influyó la suerte a su favor y en cuáles otros él logró imponerse al gran desbarajuste originado por los empujos o por el genio de su adversario. Y, sin embargo, tendrá que hablar; habrá de referir lo sucedido y poner en claro de qué modo llegó a su meta. El que gana una batalla no está dispuesto al poco rato a hacer figura de cretino. Y para no hacerlo se explica y explica lo ocurrido cual si todo hubiese sido consecuencia de su entender o de su firme voluntad. Y se explica claro el que estuvo en todo instante con las riendas en la mano, que el que las perdió —quiera un poco— ya he dicho que recuerda malamente las razones que le indujeron a ordenar los cambios realizados.

* * *

El jefe de frente o de zona independiente que se halla varias veces en la referida situación acaba deduciendo que la suerte no influyó sobremanera en su destino, y al atribuirse un éxito indebido se enfanga poco a poco en ufanía; ufanía o vanidad, ficticia o verdadera, que depende sólo sólo del hombre imaginario que vive esta soñada trama psicológica.

No obstante, la tendencia señalada no es admisible, y si Cervantes asegura que no hay nobleza en admirar el éxito en sí mismo, cuando se trata de obra ajena, y pone en boca de su Quijote hidalgo al amonestar a Sancho: «Bien se parece que eres villano, y de los que dicen: ¡Viva quien vence!» (2), es evidente que no siempre tendrá ese hidalgo *el temple que le lleva a rechazar no sólo honores que parezcan excesivos...*, sino hasta verdaderas alabanzas (3). Y es que la hidalguía del famoso caballero andante se entremezclaba con una parte alícuota de fanfarronería, y esto con-

(2) Véanse los comentarios de Alfonso GARCÍA VALDECASAS en *El hidalgo y el honor* (Madrid, 1948).

(3) *Cualidades* dice Alfonso VALDECASAS, en un sentido que no es el que interesa a las razones que se apuntan.

viene señalarlo, porque aquella cualidad y este defecto simpatizan tanto como en química los cuerpos que se obstinan en juntarse y combinarse para formar otros compuestos. Fantochería y nobleza andan muy cerca una de otra en nuestra Iberia agreste y atormentada, y yo no estoy seguro de que siempre sea oportuno desligarlas.

Nobleza y fantochería, estrechamente unidas, pueden ser innatas en el hombre que presiente su destino. Además, puede ocurrir que, sin historia ni la más ligera experiencia, ese hombre sienta que tiene que llegar y para ello que luchar, y en esto me refiero exclusivamente al que trabaja con extrema dignidad y no se expone a ser tachado —antes de tiempo— de fanfarrón o de ambicioso.

Y todo esto es compatible con modestia. Lo interesante es coordinar debidamente los defectos, a fin de que resalten como virtudes, y no olvidarse de que a veces pueden serlo dosificados prudentemente. Ha habido, en efecto, generales victoriosos que aparentando gran modestia han conseguido a través de ella mayor prestigio. Lannes dejaba que Napoleón le llamara siempre *l'âne*, y, sin embargo, tenía un carácter orgulloso y estaba muy seguro de sí mismo.

Es modesto el jefe que echa sobre su espalda las culpas de sus propios subordinados; pero en este caso la modestia sirve de palanca para lograr la máxima confianza y la seguridad de que aquellos subordinados han de serle fieles y de que se esforzarán en no tener más culpas ni en producir terceras faltas que recaigan sobre aquél, su jefe. Y es también modesto esotro general o conductor de ejércitos que gusta de reunir a sus secuaces inmediatos a fin de referirles sus proyectos y hacerles conocer con más detalle sus principios e intenciones, o bien con el propósito de inducir a hablar a los capaces de emitir nuevas ideas o conceptos en que basar otra maniobra semejante o diferente y dar lugar a meditar de nuevo sobre la decisión primera, por si hubiese otra mejor o para hallar el modo de ajustarse más al gusto o al buen criterio de los que han de realizarla, y esta vez se trata de una modestia en que el egoísmo raya a gran altura, si bien disimulado ese defecto por el temple y por el tono del que dice ante su gente lo que piensa, a manera de consulta o en son de clara explicación.

* * *

Modestia en nada se parece a falta de energía para imponerse cuando la decisión madura o cuando quien la emite se halla convencido de que ha de reportar grandes ventajas. La modestia hacia el subordinado —o mesura más que modestia— es perfectamente compatible con un algo de energía en la dirección opuesta: hacia el que trata de inmiscuirse en los detalles so pretexto de que influyen malamente sobre las grandes directrices de la guerra. Y este caso se presenta cuando el jefe del Gobierno o el propio jefe del Estado se apoderan con violencia de la estrategia y sólo permiten al jefe de las grandes unidades el estricto desarrollo de las órdenes dictadas, sin dejarle ir más allá ni tampoco andar de menos, y si este procedimiento es admisible en cuanto se refiere al primitivo plan de operaciones, no puede serlo cuando ha empezado a producirse el espantoso *mare magnum* que en toda lucha sigue a la arrancada o puesta en marcha de los proyectos iniciales. Al que manda —cuando ha empezado a mandar— no se le pueden imponer otras ideas intempestivamente. Por el contrario, hay que facilitarle los elementos y los datos necesarios para eslabonar las suyas, a fin de que el trabajo psicológico emprendido sea constante y sea continuo. Habrá, en efecto, que darle a conocer la situación económica del país en armas y los resultados o esperanzas ofrecidos por la movilización de las industrias y la de los campos y de los varios medios de transporte; pero entre eso y llevarlo de la mano hay un abismo, y ese abismo se debe respetar. Antes de inmiscuirse en los detalles ejecutivos, el director político de la guerra tiene el deber de recabar o arrogarse la jefatura de las fuerzas. Y entonces, ya en su poder las grandes bazas, se dará perfecta cuenta de las ventajas y peligros de su propia idea y podrá fijar el momento más propicio para ponerla en práctica. De esta manera tendrá la plena responsabilidad del hecho, como la tuvo Hitler al decretar la invasión de Rusia o Mussolini al enfrentarse con los griegos, y esto le obligará a pesar las circunstancias —favorables unas, perjudiciales otras— en que la batalla o la inmensa operación va a producirse, y a partir de ese momento el jefe de los ejércitos o —en su caso— los comandantes de las zonas o de las grandes masas de Aire, Mar y Tierra serán auténticos subordinados, y en cuanto se refiere al tema aquí tratado no importará que su modestia impere o desaparezca, porque de ella —y de otras muchas cualidades y defectos— sólo dependerá que cada cual siga en su puesto o sea depuesto. Sumiso o altanero, modesto o vanidoso,

apacible o apasionado, el citado jefe o comandante será un mero ejecutante. Lejos de verse obligado a tomar una decisión fundamental, se limitará a concebir la «idea de maniobra» correspondiente. Pero entonces —eliminada ya la parte alicuota de responsabilidad directa que el director de la contienda guarda para sí—, el alto jefe subordinado actuará en forma distinta: partiendo de una base pergeñada, afirmará lo meditado o lo resuelto. con trabones de obediencia, y puesto en marcha limitará su parecer en lo posible.

Por supuesto, la obediencia del alto jefe subordinado a un Gobierno o a un poder político puede ser fruto de templanza o de simple servilismo. Ese alto jefe tiene la obligación de exponer muy claramente su criterio, y cuando cree que el no seguirlo puede originar un contratiempo, aún tiene el deber de insistir a fondo. Pero esto no implica que él esté en el caso —moral siquiera— de imponer a todo trance la solución que entienda ser mejor. La confianza en las propias facultades es compatible con la perfecta sumisión. Es más, no puede obedecer debidamente quien no tenga esa confianza en lo que piensa o que discurre. En la guerra se tiene que realizar algo genérico o indefinido, y la obediencia subsiguiente exige iniciativa en el escalón que sigue, y en esto me refiero a las acciones numerosas que suelen sucederse como tramos de una escala interminable. Si el jefe político se limita a definir el objetivo, el militar se ocupará del mejor camino y de los elementos necesarios y del modo de utilizarlos al abordar ese objetivo. No obstante, su obediencia ha de ser práctica; ha de basarse en la confianza mencionada. El jefe militar ha de saber cuándo es preciso leer entre renglones y cuándo es preferible interpretar el pensamiento o ejecutar la idea o el detalle sin opinar. Servilismo y obediencia no se confunden; se superponen solamente en el deseo o en la precisión de hallar la buena solución. Modelar el pensamiento es cosa complicada. Ejecutar la idea es más sencillo, pero más expuesto a errores. No basta saber interpretar; el de abajo ha de sentir hasta qué extremo puede modificar ciertos conceptos, y el de arriba ha de saber si la variación introducida es ventajosa o peligrosa para el proyecto concebido. En suma, las relaciones más convenientes entre el director de la contienda o el jefe supremo de los ejércitos o los jefes militares de las diferentes zonas en nada se asemejan a las que reglamentariamente se establecen entre todo gneral y su inmediato jefe de Estado Mayor, ni tampoco se pare-

cen a las que suelen existir entre aquel primero y su cuartelmaestre general.

El asunto es enrevesado y no debe serlo. La intervención política es difícil y a un tiempo es cosa simple. La falta de base para aprender el valor exacto de los medios disponibles conduce a un resultado poco eficaz. El conde-duque de Olivares y el cardenal De Richelieu, contemporáneos, quisieron encauzar las operaciones militares correspondientes a cierta guerra entre España y Francia con arreglo a decisiones semejantes y contrarias. Insistía el uno cerca de Felipe IV en sólo amenazar la capital de Francia, para así acabar la guerra con Luis XIII, y el otro aseguraba a su Rey que era indispensable apoderarse de Madrid para firmar la paz. Pero las razones aducidas resultaron incompatibles con las potencialidades militares de ambas naciones, y de resultas los jefes militares fracasaron: ni las fuerzas españolas pasaron de Leucate y de Bayona ni las francesas consiguieron internarse a fondo en la Península.

* * *

William Mac Dougall dice que es incorrecto asegurar que sólo se halla en condiciones de mandar el que aprendió primero a obedecer (4), y lo demuestra citando a Nelson y a otros caudillos de carácter independiente y aún insiste en que los conocimientos profesionales son razón que justifica una continua desobediencia.

A los diecinueve años el marqués de Lafayette, alférez del regimiento de su abuelo político, el duque de Noailles, adquiere una nave y marcha a América dispuesto a defender a un pueblo que Francia considera ultrajado por Inglaterra. En junio de 1777 desembarca en Georgetown y sigue a Filadelfia, y espera en plena calle ser recibido en Independence Hall. Un miembro del Congreso lo trata de aventurero y lo despide; pero, a pesar de todo, él no se arredra; se dirige al Presidente por escrito y suplica dos honores: el de servir sin sueldo y el de ser simple soldado, y, en efecto, así empezó y... antes de un año era brigadier en la milicia americana.

Y no es este el solo caso. La Historia está repleta de graves actos de rebeldía, en que la política se apresura a ocultar el hecho y

(4) *Character and the Conduct of Life*. Cita de Sir Francis TUKER en *The Pattern of War* (Londres, 1948).

la justicia se limita a consignarlo. Es más, la intriga y perturbaciones de Alcibiades, la contumacia o desobediencia de Hernán Cortés y la indocilidad y franca anarquía de Bonaparte se manifestaron prematuramente. El genio induce al hombre joven a soslayar las órdenes injustas o equivocadas, o simplemente perjudiciales para su obra o lucimiento personal. Los que en la razón del nacimiento o a consecuencia de una azarosa vida o de una carrera vertiginosa han logrado el mando de un ejército o de una potente flota en su tercera década, son gente que llegaron a la edad madura sabiendo de mandar bastante más que el que comienza esa tarea después de haber obedecido mucho tiempo.

No obstante, la regla no conviene. El hombre joven suele ser algo impulsivo, y la impulsión conduce a la violencia, la impulsión violenta y la sólo malamente controlada son combinaciones peligrosas para el que manda. La impulsión aislada puede originar una deficiente incubación de la idea fundamental, y la violencia puede impedir el oportuno paso atrás. De otra parte, los caracteres impulsivos suelen ser influibles: un consejo afortunado, una circunstancia inofensiva, un recuerdo inoportuno, son factores que pueden motivar una orietnación inconveniente y comprometer el éxito de la operación en proyecto. Además, los caracteres impacientes o violentos dificultan el desarrollo de la simple acción. Lo contrario es preferible. El éxito obtenido por Eisenhower en la compañía comenzada en Normandía y terminada en las capitales de Austria y Alemania, fué debido a su constante serenidad. Sin duda, él no tuvo a cargo la decisión del desembarco ni la idea fundamental de la maniobra consiguiente. Fué nombrado general en jefe de las fuerzas militares de las Naciones Unidas sin más misión que la de realizar un plan de operaciones estudiado por el Estado Mayor conjunto de esas Naciones, y a su vez basado en una simple resolución tomada en una reunión de presidentes del Consejo o de Repúblicas; mas nadie duda que el nombramiento de aquel jefe se maduró despacio, más despacio aún que la decisión correspondiente a la serie de operaciones que él había de efectuar, y es evidente que su carácter antiviolento y reflexivo influyó más que su *arte bélico* en la presentación de su candidatura y en su elección definitiva.

Y, sin embargo, la violencia, la exaltación y el apasionamiento son defectos muy frecuentes en la historia de los grandes jefes militares. La seguridad en sí mismo, originada por el derecho o la lle-

gada prematura al mando, más que mala consejera es inductora peligrosa hacia aquellas características. Y lo grave es que el apasionamiento, la exaltación y la violencia terminan su carrera por cociente en ferocidad, que es hoy disimulada por el miedo a la derrota y que a veces era más noble cuando el prestigio era sinónimo de fuerza y de victoria.

En los relieves de bronce recientemente descubiertos en Balawat aparecen los prisioneros de Sugania —ciudad de Urartu— desfilando ante Shalmeneser II (5), hijo de Ashur-natsir-aplá, con sus manos amarradas y sus cabezas inmovilizadas por altísimos collares de madera (6). En otro tiempo más reciente el famoso Tamerlán hizo matar a cien mil prisioneros que entorpecían su maniobra al otro lado del Indus (7). Y esto sólo es empezar, pues hay ferocidad en los caudillos más eminentes y aun en hombres cuya clemencia y cuya bondad se han encomiado, cual César, noble guerrero que, a sangre fría, dispuso la ejecución de Legarus, de Afranius, de Fausto Sylla, o cual Germánico, príncipe romano, que decía a sus legionarios —vencedores en Armenia—: «¡Exterminad..., que sólo alcanzaréis la paz mediante el exterminio de esa nación entera!» (8).

Y no sigo por soslayar el tiempo en que vivimos.

* * *

Inteligencia y voluntad son facultades psicológicas al parecer indispensables a todos los caudillos. Sin embargo, vemos a veces que el instinto se antepone a la primera y que la falta de voluntad —o de perseverancia, mejor dicho— es compensada por la exigencia momentánea de cada situación que se produce en el transcurso de los hechos que se siguen o en la simple evolución de un hecho sólo.

Y no conviene profundizar, porque esto llevaría a comentarios atrevidos sobre la idiosincrasia psicológica del hombre destinado

(5) 1031-1035.

(6) L. DELAFORTE. *Babilonia* (París, 1942).

(7) P. ARMANDI, *Histoire militaire des Éléphants* (París, Londres, Francfort, S. M., 1843).

(8) Prólogo de M. DUREAU DE LAMELLE en su traducción de los *Anales de TÁCITO* (París, 1790).

a conducir las grandes masas que han de enfrentarse en plena guerra. Es preferible limitarse a lo dicho. Al fin y al cabo, el instinto es una forma de inteligencia que asegura una instantánea solución de las grandes ecuaciones militares; al tiempo que la inteligencia es una forma de instinto en que no basta una buena orientación hacia la meta que interesa para hallar la verdadera solución. Hay pulsadores que funcionan a intervalos solamente y hay botones que, pulsados, no dan la luz o el movimiento que se espera de su acción. Alejandro se negaba a razonar cuando exigía el cumplimiento de una orden que no había meditado profundamente. Napoleón, en cambio, resumía su pensamiento en forma de refranes, y estos refranes aparecen ahora en los prólogos de los numerosos libros destinados a los futuros generales.

* * *

Yo ignoro si la evolución que preconiza Darwin se ajusta a los designios del Todopoderoso. No pienso en el perfeccionamiento del ser humano. Medito sólo en la estructuración presente de su máquina mental y en la forma en que esa máquina produce el resultado que tiene la misión de asegurar. Pienso en los envites que el ser humano da a su mente, y en cómo surgen las ideas, y en cómo son desmenuzadas, y en cómo el genio las acepta o las devuelve a su vivero, y así convierto lo que el jefe no sabe hacer en obra que hizo por la gracia de su propia inteligencia.

En materia bélica hace falta siempre esa inteligencia, mas no aplicarla insistentemente. Un razonamiento largo puede anular la impulsión originada por el instinto.

Además, la inteligencia es como el agua, que en siendo pura y no excesiva es alimento bueno para todo ser que vive. Una acequia es suficiente para un precioso huerto, pero un torrente inesperado lo destruye. Para unas flores basta una sencilla regadera.

* * *

Durante el período de gestación cada premisa da lugar a un argumento, y cada uno de éstos origina un resultando, que, a su vez, conduce a otro argumento, a razones, a un dilema o a la con-

clusión final. La disceptación es varia. El raciocinio es una cadena silogística o una conversación interna, cuyo simplicismo es consecuencia del carácter de quien educa. Por supuesto, las preguntas y respuestas suelen ser bastante cortas; tan cortas son que a veces el propio cerebro que las ha elaborado es incapaz de repasarlas y ordenarlas en la forma en que surgieron previamente. Las preguntas y respuestas de la discusión interna que originó la decisión establecida por el jefe son tan breves, tan sutiles, que pierden fácilmente su carácter elemental. Dejan de ser las partes de un simple diálogo inefable. Son casi tan imperceptibles como los sumando de una integral en matemáticas. Son elementos infinitesimales que originan un conjunto cuyo análisis es prácticamente irrealizable. Los componentes pierden su personalidad, y la suma adquiere un carácter indivisible. La inteligencia y la memoria no logran alcanzar el alma del propio pensamiento. El esfuerzo desaparece y se convierte en obra espiritual. El razonamiento se reduce a la más mínima expresión. Se reduce a instinto, y surge la evidencia. ¡Dios lo ha querido! Y si somos justos abandonamos la noción de nuestro esfuerzo. No sabemos qué pusimos al engendrar la idea. Sólo recordamos lo aportado al concebirla. Y, sin embargo, el que obtiene una victoria explica luego de qué modo la produjo, aunque él no la calculara, y es que el hombre de acción es incapaz de enmudecer ante el osado que le acecha, y le acosa, y lo muele a interrogantes, y conviene recordar que la historiografía es un arte osado e impertinente.

* * *

El jefe de un ejército o de una fuerza poderosa necesita resolver deprisa. Es un individuo semejante a todos los que han seguido sendas más o menos arduas para subir hasta su meta. Es un hombre cuyas virtudes se confunden con las cualidades inherentes al que se destaca libremente por encima de la masa o con las recomendadas por la Santa Madre Iglesia y adoptadas por todo el que no abusa de la espontaneidad que Dios le ofrece.

En efecto, las virtudes cardinales mandan. Los caracteres justos, fuertes, prudentes y templados dominan en la guerra y en la lucha por la vida. Y tanta fuerza ejercen las virtudes mencionadas que a veces una sola es suficiente para que el fruto obtenido me-

rezca honores y alabanzas. Anibal era fuerte y no prudente. Carlos V era templado y poco justo. Cortés era valiente y nada ecuanime. Y tantos otros fueron atrevidos o imprudentes, violentos o destemplados, injustos y altaneros, sin que por ello se resintiera la labor que realizaron ni menguara su futuro pedestal.

¿Qué hicieron tales hombres? Creo que limitarse a obedecer. Se obedecieron a sí mismos. Tuvieron intuición.

Mas tampoco basta la intuición. Hay que tener aplomo. El soldado que tiene aplomo tiene mucho adelantado para ganar su gran partida. Entre una solución segura y mal aplicada y una solución poco segura y aplicada con firmeza, es más probable que ésta predomine, en cuanto se refiere a los efectos conseguidos. Es más, ocurre a veces que el jefe está obligado a tomar una decisión aun antes de saber si es buena o mala; ha de evitar la acción que ejerció el tiempo; ha de compensar el desgaste originado por la espera, que es siempre estéril, peligrosa, amenazante. Y cuando eso ocurre, la firmeza y la seguridad son las mejores máscaras y los más potentes auxiliares.

Alejandro, con tales cualidades, rehuyó la acción nefasta de los agoreros. Se zafó de la influencia de los que temían no obedecer a aquéllos. Frente al Gránico y en Gordio halló siempre la manera de seguir su propio instinto; tuvo el aplomo necesario para obviar el parecer impuesto por los dioses a través de una serie de personajes secundarios cuya autoridad se hallara mal relacionada con el saber humano.

Pero el aplomo se rinde únicamente al prestigioso. Hitler sólo pudo imponerse a los mariscales después de sus victorias en Polonia, en Noruega, en Bélgica y en Francia.

El prestigio es, en efecto, un coeficiente, y el resultado de las virtudes naturales está afectado siempre por dicho coeficiente. El prestigio, de otra parte, es consecuencia de labor llevada a cabo anteriormente, de inteligencia o hasta de suerte o simpatía, sin que estos factores deban superponerse, y quiere esto decir que el jefe prestigioso puede suplir su trabajo o su inteligencia con la inteligencia o el trabajo de los suyos. Cuando él se lo merece encuentra ayuda sin buscarla. Cada cual acude con ideas, información, consejos..., y entonces el resultado surge del solo buen sentido que el referido jefe pone en comparar las soluciones ofrecidas, sin tener siquiera, de ese modo, que entregarse a largas meditaciones para fijar su decisión.

Entonces el éxito aparece espontáneamente. Éxito acaso fulgurante, que no siempre ha constituido la nota más saliente del caudillo. Éxito que, a veces, no pasa de una simple consecuencia de la suerte. Y este caso es muy frecuente: casi todos los caudillos tuvieron mucha suerte, y no pocas se basaron a su buena estrella para poner en práctica sus decisiones atrevidas.

Mas las estrellas —incluso grandes— no andan lejos de una zona tenebrosa. El reflejo de los grandes sentimientos no basta para obtener la fotopsicología del hombre. Cada placa se impresiona a su manera. Los colores son nocivos. Las resistencias se interrumpen. Los reóstatos no funcionan. Y de resultas Plutarco está en lo justo, cuando dice que «los actos gloriosos y las batallas más sangrientas no son los hechos que mejor revelan las virtudes y los vicios de los hombres, sino que un solo gesto o una expresión de escasa enjundia informan con frecuencia mucho mejor sobre sus verdaderos caracteres e inclinaciones» (9).

¿Qué hacer entonces?

Analizar, acaso.

Pero son tantos los factores que estructuran la psicología humana que no es fácil recordarlos, ni posible anticipar los resultados de su amalgama. La previa coordinación de valores conocidos es punto menos que irrealizable. La ecuación correspondiente es implanteable. Y si aún se tiene en cuenta que existen innumerables valores desconocidos —unos porque el hombre es psicológicamente hipócrita y otros porque él pierde la noción de sus reacciones iniciales—, se acabará simplificando y —de este modo— prescindiendo previamente de un esfuerzo que, a la postre, sería inútil.

* * *

En cada caso el defecto contrapesa a las virtudes. Y así, la entonación lograda atenúa la insoportable monotonía que preside hasta en la vida de los hombres que descuellan.

La figura, al fin y al cabo, es un fantasma que los seres no comprenden. El genio mismo no tiene idea de su figura, y los fantoches a menudo son verdaderos genios.

Muchos lo saben y dísimulan.

(9) *Vidas paralelas de hombres ilustres.*

Pero «enmascarar los propios móviles es crear una neurosis; las fuerzas reprimidas trabajan profundamente y socavan el edificio de la personalidad» (10). Y, sin embargo, es necesario contenerse y dejar que ese edificio se derrumbe; debe hundirse cuando llega su hora, que no es la de la muerte.

* * *

Y aquí termino. Pero al repasar los diversos comentarios de este ligero estudio empiezo a creer que no fui yo quien los expuso. Y por esto al que se muestre disconforme le digo sólo que me doy por satisfecho al inducirle a razonar y a deducir las conclusiones que él estime ser mejores.

El tiempo origina variaciones.

La Historia *no* se repite, por desgracia para el hombre que la estudia y que pretende aprovecharla.

CARLOS MARTÍNEZ DE CAMPOS

(10) J. J. LÓPEZ-IBOR, *Nietzsche y su psicología* (Arbor, ab., 1950; núm. 52).